

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

El Imperio



Ryszard Kapuściński, el «periodista legendario» en palabras de Franco Marcoaldi, nos ofrece un fascinante relato de recuerdos y exploraciones de la Unión Soviética absolutamente imprescindible, un fascinante reportaje polifónico, uno de los grandes libros de la década. Kapuściński realizó entre 1989 y 1991 un largo viaje por los vastos territorios de la Unión Soviética. En esos años decisivos, cuando el imperio presentaba ya síntomas de derrumbe, este implacable e incisivo cronista de su siglo visitó quince repúblicas y habló con cientos de ciudadanos acerca de las extraordinarias experiencias que les había tocado en suerte vivir, y el terror del cual estaban saliendo. Este libro (que comprende también un relato de las primeras incursiones de Ryszard Kapuściński en la Unión Soviética, entre los años 1939 y 1967) es el producto de una carrera contra el tiempo para atrapar las memorias de los anónimos protagonistas de la Historia antes de que los terribles y pasmosos acontecimientos de esos años entren para siempre en el pasado. Guiado por su curiosidad insaciable y su pasión por la verdad, Kapuściński nos cuenta el derrumbe de este imperio desde el interior mismo de la ballena, con el íntimo conocimiento que le otorga ser un ciudadano polaco cuyo propio país fue una de las colonias periféricas de dicho imperio.

... o sea que trátase de cosas extrañas; y todas ellas juntas configuran la imagen del Imperio...

ANDRÉI BIELY

Rusia ha visto mucho a lo largo de sus mil años de historia. Hay una sola cosa que Rusia no ha visto jamás en esos mil años: la libertad.

VASILY GROSSMAN

El presente es lo que nos une. El futuro nos lo creamos en la imaginación. Sólo el pasado es la pura realidad.

SIMONE WEIL

En Rusia, toda la energía del artista debe concentrarse en mostrar dos fuerzas: el hombre y la naturaleza. Por un lado, debilidad física, nerviosismo, pronta madurez sexual, deseo apasionado de vida y de verdad, sueños de poder actuar amplios como una estepa, análisis llenos de inquietudes, insuficiencia del saber frente al alto vuelo del pensamiento; y por el otro, una llanura infinita, un clima severo, severo y gris el pueblo con su historia difícil y lóbrega, la herencia tártara, el yugo de la burocracia, el oscurantismo, la pobreza, el clima húmedo de las capitales, la apatía

eslava, etc. La vida rusa machaca al ruso hasta tal punto que éste no logra reponerse, lo muele como muele un palo de mil puds¹.

ANTÓN CHÉJOV

La principal impresión que experimentamos después de observar la situación de Rusia fue la de una inmensa quiebra imposible de arreglar. La historia nunca ha conocido catástrofe tan gigantesca.

H. G. WELLS, 1920

La aventura de la Unión Soviética es la mayor experiencia, al tiempo que el problema más importante de la humanidad.

EDGAR MORIN

Rusia ha vomitado la bazofia con que la alimentaban.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI

El régimen que nos gobierna no es sino una amalgama de vieja *nomenklatura*, de tiburones financieros, de falsos demócratas y de KGB. No puedo llamarlo democracia; es un híbrido repugnante que no tiene precedentes en la historia y del que se ignora la dirección que tomará... [pero] si esta alianza vence, nos

explotarán no setenta, sino ciento setenta años.

ALEXANDR SOLZHENITSYN, 1992

Algo se ha aclarado, pero sigue habiendo algo que aún permanece oscuro.

VLADÍMIR VOINÓVICH

Este libro se compone de tres partes:

La primera lleva por título «Primeros encuentros (1939-1967)» y constituye el relato de mis antiguas estancias en el Imperio. En ella hablo de la entrada del ejército soviético en mi ciudad natal de Polesie (hoy Bielorrusia), de un viaje a través de la nevada y desierta Siberia, de otro viaje a las repúblicas transcaucásicas y del Asia Central, en definitiva, de incursiones por las tierras de la ex Unión Soviética, tierras llenas de exotismo, sacudidas por conflictos y envueltas en una particular atmósfera cargada de emociones y sentimientos a flor de piel.

La segunda lleva por título «A vista de pájaro (1989-1991)» y da cuenta de algunos de mis largos viajes por las vastas extensiones del Imperio, incursiones que llevé a cabo en los años de su declive y definitivo desmoronamiento (definitivo, en cualquier caso, en la forma en que existió hasta 1991). Viajé solo, al margen de instituciones e itinerarios oficiales, y mis rutas fueron desde Brest (en la frontera entre Polonia y la ex URSS) hasta Magadán (en el Pacífico) y desde Vorkutá (detrás del círculo polar) hasta Termez (en la frontera con Afganistán). En total unos 60.000 kilómetros.

La tercera lleva por título «Suma y sigue (1992-1993)» y es un compendio de reflexiones, opiniones y notas, fruto de mis viajes, conversaciones y lecturas.

El libro está concebido y escrito en forma polifónica, es decir: por sus páginas transitan personajes, lugares e historias que podrán reaparecer varias veces, en diferentes épocas y contextos. No obstante, en contra de los principios de la polifonía, el producto final no acaba en una síntesis

definitoria y definitiva, sino que —muy al contrario— se desintegra y se desmorona, y todo ello porque mientras lo estuve escribiendo se desmoronó su principal tema y objetivo: la gran superpotencia soviética. Su lugar se ve ocupado por Estados nuevos, entre los cuales destaca Rusia, un inmenso país habitado por un pueblo al que desde hace siglos mantiene unido una idea vivificante: la ambición imperial.

El libro no es un manual de historia de Rusia ni de la antigua Unión Soviética. Tampoco es la historia del nacimiento y caída del comunismo en este país. Ni tan siquiera es un compendio de conocimientos básicos sobre el Imperio.

Es un relato personal de los viajes que hice por sus vastos territorios (o, más bien, por esta parte del mundo), viajes en los que intenté llegar tan lejos como pude, y siempre que me lo permitieran el tiempo, las fuerzas y las posibilidades.

Primeros encuentros

(1939-1967)

PIŃSK, 39

Mi primer encuentro con el Imperio tiene lugar junto al puente que une la pequeña ciudad de Pińsk con el sur del mundo. El mes de septiembre de 1939 toca a su fin. La guerra campa por doquier. Arden las aldeas, la gente busca refugio de los ataques aéreos en los bosques y en las cunetas; donde puede, busca salvación. Unos caballos muertos se atraviesan en nuestro camino. Si queréis seguir —nos aconseja un hombre— tenéis que apartarlos. Qué trabajo tan penoso y agotador, cuánto sudor: los caballos muertos pesan mucho.

Multitudes presas del pánico huyen en medio de torbellinos de polvo. ¿Para qué necesitarán tantos bultos, tantas maletas? ¿Para qué tantas teteras y cacerolas? ¿Por qué maldicen de esa manera? ¿Por qué no paran de hacer preguntas? Todos van y vienen corriendo no se sabe adónde. Mi madre, sin embargo, sí lo sabe. Ha cogido de la mano a mi hermana y a mí, y ahora los tres nos dirigimos hacia Pińsk, a nuestra casa de la calle Wesola. La guerra nos ha sorprendido en el pueblo de mi tío, junto a Rejowiec, donde pasábamos las vacaciones. Así que ahora tenemos que regresar a casa. *Tutti a casa!*

Pero, cuando después de días de caminatas nos encontramos ya en las puertas de Pińsk, cuando ya se divisan los edificios de la ciudad, los árboles de nuestro hermoso parque y las torres de las iglesias, en el camino y junto al puente, de repente surgen ante nuestros ojos unos marineros. Empuñan largos fusiles con afiladas y punzantes bayonetas, y lucen estrellas rojas en sus gorras redondas. Han llegado hace varios días desde el lejano Mar Negro, han hundido nuestras fragatas, han matado a nuestros marinos y ahora nos impiden la entrada en la ciudad. Nos mantie-

nen a distancia, ¡ni un paso más!, gritan mientras nos apuntan con sus fusiles. Mi madre, como otras mujeres y niños (ya nos habían apiñado en un nutrido grupo) llora y pide clemencia. Implorad clemencia, nos suplican nuestras madres, muertas de miedo, pero nosotros, los niños, ¿qué más podemos hacer? Ya hace un buen rato que nos hemos arrojado en medio del camino y lloramos y alzamos los brazos.

Los gritos, el llanto, los fusiles y las bayonetas, los rostros furiosos y bañados en sudor de unos marineros llenos de una ira, de una rabia y de un terror desconocidos e incomprensibles, todo eso está allí, en aquel puente sobre el Pina, en aquel mundo en que entro cuando tengo siete años.

En la escuela, desde la primera clase aprendemos el alfabeto ruso. Empezamos con la letra «s». ¿Cómo es eso? ¿Por qué la «s»? , pregunta un alumno desde el fondo de la clase. ¡Deberíamos empezar con la «a»! Niños, dice el maestro (que es polaco) con voz abatida, mirad la cubierta de nuestro libro de texto. ¿Cuál es la primera letra que se ve? ¡La «s»! Petrus, que es bielorruso, puede leerlo: *Stalin: Voprosy leninisma*. (Problemas del leninismo). Es el único libro con el que aprendemos ruso, además el único ejemplar. En la portada, rígida, cubierta de lino gris, se ven grandes letras doradas.

ANTES DE ABANDONARNOS, EL CAMARADA LENIN NOS ORDENÓ, se esfuerza por deletrear el dócil y silencioso Wladzio desde su pupitre de primera fila. Mejor no preguntar quién fue aquel Lenin. Las madres, todas, ya nos habían advertido de que no hiciésemos preguntas. De todas formas, aquella advertencia tampoco era necesaria. No sé explicar por qué, no logro definirlo, pero en el aire había algo tan amenazador, tan abrumador y tenso que la ciudad en la que habíamos hecho nuestras correrías de la manera más salvaje y divertida de pronto se había convertido en un campo mina-

do, peligroso y traidor. Ni siquiera nos atrevíamos a respirar hondo, temerosos de provocar un estallido.

¡Todos los niños pertenecerán al Pionero! Un buen día, en el patio de la escuela entra un coche del que bajan unos señores con uniformes de color azul celeste. Alguien dice que son del NKVD^[2]. No se sabe muy bien qué es ese NKVD, pero una cosa sí es segura: cuando los mayores pronuncian estas siglas bajan la voz hasta un susurro apenas perceptible. El NKVD tiene que ser lo más importante, porque sus uniformes son muy elegantes, nuevos, como acabados de salir del sastre. Los soldados del ejército andan zarrapastrosos, en lugar de macutos llevan simples sacos de lona atados con un trozo de cuerda, vacíos las más de las veces, y calzan unas botas que nunca han visto el cepillo, mientras que, cuando viene acercándose alguien del NKVD, desde la distancia de un kilómetro despide un brillante resplandor azul celeste.

Pues bien, los del NKVD nos han traído camisas blancas y pañuelos rojos. Cuando celebremos festividades importantes, dice el maestro con una voz llena de miedo y tristeza, todos los niños vendréis al colegio con estas camisas y pañuelos. También han traído y han distribuido entre nosotros una caja de insignias. Cada una de ellas llevaba el retrato de un señor diferente. Unos lucían bigotes, otros no. Uno de los señores tenía una perilla y dos eran calvos. Dos o tres llevaban gafas. Uno de los enkavedés recorría la clase de pupitre en pupitre y nos entregaba las insignias. Niños, dijo el maestro con una voz que recordaba el sonido de madera hueca, éstos son vuestros líderes. Eran nueve. Se llamaban Andréiev, Voroshílov, Zhdánov, Kaganóvich, Kalinin, Mikoyán, Mólotov, Jruschov, y el noveno prócer era Stalin. La insignia con su retrato era dos veces más grande que las demás. Pero eso nos resultaba comprensible. El señor que ha escrito un libro tan gordo como *Voprosy leninisma* (con el cual aprendíamos a leer) debía tener una insignia más grande que los otros.

Las insignias las prendíamos con imperdibles en la parte izquierda del pecho, donde los mayores llevan las medallas. Pero no tardó en aparecer un problema: faltaron algunas. El ideal, o incluso el deber, consistía en lucir a todos los líderes, encabezando la colección la insignia grande de Stalin. Lo dijeron los enkavedés: ¡hay que llevarlos a todos! Sin embargo, resultó que alguno tenía un Zhdánov y no tenía un Mikoyán, y otro, que tenía dos Kaganóvich y ningún Mólotov. Un día Janek trajo nada menos que cuatro Jrushchov, que cambió por un Stalin (el suyo se lo habían robado). Teníamos entre nosotros a un auténtico Creso: Petrus, que poseía nada menos que tres Stalin. Los sacaba orgulloso del bolsillo, nos los enseñaba y presumía de ello.

Un día, Jaim, que se sentaba en un pupitre junto al mío, me llevó aparte. Quería cambiar dos Andréiev por un Mikoyán, pero le dije que los Andréiev tenían una cotización muy baja (lo cual era cierto, pues nadie lograba descubrir quién era el tal Andréiev) y no acepté su oferta. Al día siguiente Jaim volvió a llevarme aparte y sacó del bolsillo un Voroshílov. Me estremecí de emoción. ¡Voroshílov era mi sueño! Llevaba uniforme, con lo cual olía a guerra. Y como la guerra ya la había conocido, me resultaba muy familiar. Por él le di a Jaim un Zhdánov y un Kaganóvich, añadiendo además un Mikoyán. En términos generales, Voroshílov se cotizaba muy bien. Al igual que Mólotov. Por él se podían conseguir tres de los otros, debido a que los mayores decían que Mólotov era importante. Tampoco se cotizaba mal Kalinin, tal vez gracias a que su aspecto recordaba al de un viejecito de Polesie. Tenía una perilla rubia y era el único que esbozaba algo parecido a una sonrisa.

De vez en cuando las clases se ven interrumpidas por cañonazos. Las explosiones restallan violentas junto a los muros de la escuela, el ruido es ensordecedor, vibran los cristales, tiemblan las paredes y el maestro mira hacia la ventana con ojos llenos de terror y angustia. Cuando des-

pués de la explosión no se oye más que el silencio, volvemos a la lectura de nuestro libro gordo; pero si se oye un estruendo de planchas metálicas que caen, un estrépito de muros resquebrajándose y un fragor de piedras cayendo por todas partes, la clase se anima, se oyen voces excitadas: ¡han acertado!, ¡han dado en el blanco!, y, apenas suena el timbre, salimos corriendo a la plaza para ver lo que ha sucedido. Nuestra pequeña escuela de dos plantas está situada junto a una amplia plaza que lleva el nombre de Tres de Mayo. Y justo en esta plaza hay una iglesia muy grande, grande de verdad, la más grande de toda la ciudad. Tenemos que mirar muy para arriba para ver dónde termina y dónde empieza el cielo. Y ése es precisamente el lugar al que ahora apunta el cañón. Dispara a la torre para derribarla.

En aquellos momentos los compañeros de clase razonábamos de la manera siguiente: cuando los bolcheviques venían en nuestra dirección, antes de ver Polonia, antes de divisar nuestra ciudad, tuvieron que ver primero las torres de la iglesia de Pińsk. Eran tan altas... Esto debió de ponerlos furiosos. ¿Por qué? No supimos contestarnos esa pregunta. Pero sacamos la conclusión de que los rusos sí estaban furiosos, porque nada más entrar en la ciudad, antes de tomarse un respiro, antes de pasearse por las calles para orientarse, antes de comer algo y de echar unas bocanadas de humo, habían colocado un cañón en la plaza, habían traído municiones y se habían puesto a disparar contra la iglesia.

Dado que toda la artillería se había marchado al frente, sólo tenían un cañón. Y lo usaban viniese o no viniese a cuento. Cuando daban en el blanco, la torre despedía humaredas de polvo oscuro y, a veces, alguna que otra llamada. Alrededor de la plaza, en lo profundo de los portales, se refugiaba la gente, contemplando los bombardeos con angustia, aunque también con una cierta curiosidad. Arrodiadas, las mujeres rezaban el rosario. La desierta plaza la

recorría un artillero borracho que gritaba: ¿Veis? ¡Tiramos a vuestro Dios! ¿Y él? Nada. ¡No dice ni pío! ¿Acaso tiene miedo? ¿Eh? Se reía, y acto seguido le daba un ataque de hipo. Una vecina nuestra le dijo a mi madre que un día, cuando se había disipado la polvareda, en lo alto de la torre destruida había visto a San Andrés Bobola. El rostro de San Andrés, dijo, rezumaba sufrimiento; lo quemaban vivo.

Camino de la escuela, tengo que cruzar las vías del ferrocarril a la altura de la estación. Me gusta este lugar, me gusta ver salir y llegar los trenes. Y lo que más, me encanta la locomotora; me gustaría ser maquinista. Un buen día, mientras atravieso las vías, veo que los ferroviarios están empezando a reunir vagones de mercancías. Hileras e hileras de vagones. En los entronques se desarrolla una actividad febril: las locomotoras se desplazan de un lado para otro, chirrían los frenos, restallan los parachoques al golpear... Y todo esto en medio de un hervidero de soldados del Ejército Rojo y de uniformes del NKVD. Finalmente el movimiento cesa y durante cierto tiempo todo se sume en el silencio. Pero al cabo de pocos días veo cómo unos carros tirados por caballos y repletos de gente y de fardos llegan hasta los vagones. A cada carro lo acompañan varios soldados que empuñan sus fusiles de un modo que da la impresión de que de un momento a otro van a disparar. ¿Contra quién? Los de los carros apenas si respiran, muertos de cansancio y de miedo. Pregunto a mi madre por qué se llevan a esta gente. Muy nerviosa me contesta que ha empezado la deportación. ¿Deportación? Qué palabra tan extraña. ¿Qué significa? Pero madre no quiere contestarme, no quiere hablar conmigo; madre está llorando.

Noche cerrada. Ruido de nudillos en la ventana (vivimos en una pequeña casa medio hundida en tierra). El rostro de mi padre aplastado contra el cristal, con unos rasgos desdibujados que se confunden con la oscuridad. Veo cómo pa-

dre entra en la habitación, pero me cuesta trabajo reconocerlo. Nos despedimos en verano. Entonces lucía uniforme de oficial, botas altas, un cinturón nuevo de color amarillo y guantes de piel. Cuando caminaba con él por la calle, escuchaba, lleno de orgullo, cómo tintineaba sobre él todo lo que llevaba. Ahora está de pie ante nosotros, vestido como un campesino de Polesie, flaco, demacrado y con barba de varios días. Lleva una camisa de lino que le llega hasta las rodillas, ceñida en la cintura con una tira de hilo, y en los pies, unas alpargatas de esparto. De las palabras que dirige a madre deduzco que cayó preso de los soviéticos y que éstos lo habían obligado, a él y a todos los que compartían su mismo destino, a ir al este. Dice que se escapó cuando su columna atravesaba el bosque, gracias a que en una aldea había podido cambiar con un campesino su uniforme por la camisa y las alpargatas.

Niños, nos dice madre a mi hermana y a mí, ¡cerrad los ojos y a dormir! En la habitación contigua, donde están nuestros padres, se oyen susurros y ecos de movimientos febriles. A la mañana siguiente, cuando me despierto, padre ya no está. Camino del colegio, escudriño con la mirada todos los rincones; a ver si hay suerte y logro verlo. Tenía ganas de decirle tantas cosas, hablarle de mí, de la escuela, del cañón. Que ya conozco las *bukvas* (letras) rusas. Y que he visto una deportación. Pero a padre no se le ve ni en la perspectiva más lejana de la calle Łochiszyńska, que es tan larga, tan larga, que seguramente conduce hasta el mismo cielo. Es otoño. Sopla un viento frío. Me escuecen los ojos.

La noche siguiente. Las ventanas y las puertas casi se derrumban bajo el ataque repetido de golpes violentos, como si un huracán las arrancara de cuajo. Da la impresión de que el techo se va a venir abajo de un momento a otro. Son varios, unos del Ejército Rojo y otros de paisano. Entran de una manera tan impetuosa y a tal velocidad que pa-